

CAPITULO VI

De nuestra carcel por cierto ,
Es el perro, ya se ve,
Mas no te acerques ; con tiento
Y á lo largo obsérvale :
No le enfades, que el tunante
Saca tajada al instante,
Y de sus mañas se vale.

El perro negro de Newgate.

Paróse el coche ante aquellas puertas espantosas, parecidas á las del Tártaro, excepto en aquello de que permiten á los encerrados por ellas salir muchas veces con honor y con seguridad, aunque á costa de las mismas inquietudes.

tudes y trabajos que tuvieron que sufrir Hércules y uno ó dos semidioses de la mitología antigua para salir de los infiernos.

Apeóse del carruage Julian ayudado con mucho esmero por dos de sus compañeros, que tambien fueron asistidos en este oficio caritativo por dos ó tres llaveros llamados en su auxilio al son de una gran campana colocada á la puerta. No se tuvo todo este cuidado con Julian por librarle de dar un mal paso ú evitarle una caída, como se puede pensar muy bien, sino para impedir se escapara, intencion que no tenia de modo alguno. Acudieron algunos aprendices y ciertos muchachos de la vecindad que sacaban un provecho considerable de los nuevos parroquianos, que diariamente llegaban á la carcel con motivo de la insurreccion papista, y como, por consecuencia, eran zelosos protestantes, saludaron á Julian gritando: — ¡Mira! ¡mira! ¡un papista! ¡un papista! ¡Al diablo con el papa y sus partidarios!

Bajo tales auspicios se hizo entrar á Peveril por aquella puerta sombría desde donde tantas

gentes se despidieron del honor y de la vida cuando pusieron los pies en el umbral. La bóveda oscura por donde pasó le llevó por fin á un gran patio donde habia muchos presos por deudas, que se divertian en jugar á la pelota, á la gallina ciega y á otros juegos, á que les permitía jugar el rigor de sus acreedores, concediéndoles todo el tiempo necesario, al paso que los despojaba de los medios de trabajar honradamente para reparar sus pérdidas, y mantener sus familias que pedian limosna y se morian de hambre.

Pero Julian no debia formar parte de este grupo, constituido en la indiferencia por la desesperacion. Le guiaron ó, por mejor decir, le llevaron sus conductores por fuerza hácia una puerta baja y arqueada, muy bien cerrada con cerrojos y barras de hierro, pero que se abrió para darle entrada y que se cerró con esmero despues de haber entrado. Hiciéronle atravesar despues dos ó tres corredores tenebrosos que se cruzaban unos con otros, y que, á cada punto de interseccion estaban cerrados con puerlas, unas de hierro y otras de encina,

guarnecidas con planchas de hierro y con clavos de cabeza gruesa. No se le permitió pararse sino en un sitio circular de corto espacio y en bóveda, donde venían á parar muchos de aquellos corredores, y que, con respecto al laberinto que acababa de recorrer en parte, se parecia al punto central de la tela de araña donde se fijan siempre los principales hilos del tejido curioso, obra de este insecto.

Iba todavía mas allá la semejanza, porque, en esta especie de sala artesonada, cuyas paredes estaban como entapizadas de mosquetes, alfanges, pistolas, machetes y otras armas, así como tambien un completo surtido de maniotas y hierros de todas clases, colocado todo con mucho orden en estado de servicio, estaba sentado un hombre que se pudiera comparar con bastante exactitud á una araña muy gorda, en el puesto y en espera para echarse sobre la presa que cayera en su tela.

Habia sido en su origen este personaje un hombre robusto y muy alto; pero el mucho comer, y tal vez el poco ejercicio, le habian puesto como una bola, de modo que

no parecia lo que antes, sino como se parece un buey cebado para el matadero con el toro salvaje. No hay presencia mas insufrible que la de un hombre gordo que lleva grabado en las facciones el sello de un genio avinagrado. Parece haber desmentido el antiguo proverbio, y engordado bajo el influjo de pasiones las mas vergonzosas para la naturaleza humana. Puede pasar que hombre de genio alegre llegue á encolerizarse un poco; pero parece opuesto á la naturaleza que un hombre, amigo de regalarse bien, sea tétrico y brutal. Pues el entrecejo de este hombre, su tez blanquizca ó casi amarilla, sus miembros hinchados y sin proporcion alguna, su gran barriga y talla gruesa, hacian formar la idea de que, una vez introducido en esta posicion central, se habia puesto por *fas* ó por *nefas*, tan gordo como la comadreja de la fábula, que no pudo retirarse, porque no cabia, por ninguno de los senderos que comunicaban con su madriguera. Recordaba tambien al sapo que vive cautivo debajo de una piedra, como si extrajera todos los sucos nutritivos del aire fétido de los calabozos de que estaba rodeado,

y que hubiera sido pestilencial para cualquier otro. Cerca de este monstruo de obesidad, se veían libros grandes, cerrados con broches de hierro, libros de entrada y salida de este reino de la miseria donde él hacía el papel de primer ministro. Peveril se hubiera desanimado en otra situación que la suya contemplando el cúmulo de males contenidos en tales volúmenes; pero le ocupaban sus propias desdichas de un modo tan cruel, que no podía entregarse á reflexiones sobre materias generales.

Luego que el alguacil entregó al carcelero el auto de prisión contra Peveril, hablaron un poco en voz baja, ó mas bien expresaron sus ideas, menos por palabras que por miradas, y por medio de aquel lenguaje mudo de señas que añaden el espanto del misterio á lo que se presenta ya harto terrible para un preso.

Las únicas palabras que Julian pudo entender con claridad, pronunciadas por el carcelero, ó, como le llamaban entonces, el capitán de la cárcel, fueron estas: — ¿ Otro pájaro que meter en jaula?

— Y que silbará el *Bello Papa de Roma*, me-

¡or que ningún mirlo de su pajarera de vm., respondió el alguacil en tono gracioso, pero que al mismo tiempo indicaba no separarse del respeto que á su gefe debía.

Conmoviéronse las facciones feroces del carcelero hasta poderse percibir una especie de sonrisa al oír la observación del alguacil; pero recobrando su semblante sombrío, fijó la vista en el recién venido, y pronunció con misterio, aunque á media voz, una sola palabra, pero muy expresiva: — ¡La patente!

Julian Peveril había oído hablar de los usos recibidos en semejantes lugares, y había resuelto conformarse con ellos, para conseguir, si posible fuese, la gracia de ver á su padre, la que se prometía lograr con mas facilidad, satisfaciendo la codicia del carcelero.

— Me hallo dispuesto, dijo él afectando tranquilidad, á conformarme con las costumbres del sitio en que, por desgracia, me hallo, no tiene vm. mas que decirme lo que vm. quiere, y al instante quedará satisfecho.

Al decir esto, sacó el bolsillo, aplaudiéndose por haber guardado una suma considerable

de oro. Notó el carcelero el volumen segun sus dimensiones todas con una sonrisa involuntaria. Pero esta sonrisa no alteró, sino por un instante, su bigote y labio caido, porque se acordó al mismo tiempo del reglamento que, poniendo limites á su rapacidad, le prohibia tirarse de golpe sobre la presa como el milano, y apoderarse de todo á la vez.

Valióle á Peveril esta reflexion la respuesta siguiente que se le dió con seriedad.

— Hay diferentes precios, cada uno da lo que le parece. Yo no pido sino lo que me corresponde. Pero la cortesía merece pagarse.

— Y yo la pagaré si es posible lograrla, dijo Peveril, ¿cuánto, señor mio, cuánto?

Se dejaba ver algo de desprecio en el tono con que hablaba, y cuidaba tanto menos disfrazarle cuanto que observaba podia darle su bosillo, aun en la prision misma, una influencia indirecta pero poderosa sobre su carcelero.

El capitán de la prision la experimentaba, segun se veia, efectivamente, porque, mientras tanto que Julian hablaba, se quitaba involun-

tariamente un gorro viejo acolchado que tenia puesto; pero sus dedos, resentidos por haber tomado parte en un acto de deferencia tan poco acostumbrada, comenzaron á desquitarse rascando la nuca cubierta de canas, y él dijo con voz semejante al ruido que hace un perro gruñendo despues que ha ladrado á un forastero que manifiesta no tenerle miedo: — Hay diferentes precios. En la Pequeña-Conveniencia es una corona, este sitio es algo sombrío, pasa un albañal por debajo, y á muchos no les importa estar acompañados con gentes que, por la mayor parte, son rateros y ladrones. Despues hay otro parage llamado al lado del Amo, cuyo precio es una pieza de oro, y allí no hay ninguno que no tenga una muerte á su cargo.

— Dígame vm. el sitio mas caro, caballero, y pagaré lo que valga, dijo Peveril con sequedad.

— Tres piezas de oro vale el cuartel del Caballero, respondió el gobernador de este Tartaro terrestre.

— Allá van cinco, y póngame con sir Geof-

frey, dijo Julian echando el dinero en el bufete del carcelero.

— ¡Con sir Geoffrey! ¡Hem!.. dijo el alcaide como si hubiera reflexionado lo que oia. ¡Ah! ¡con sir Geoffrey! No es vm. el primero que ha pagado por verle, aunque nadie tan generosamente; pero tambien es probable sea vm. el último que le vea. ¡Ha! ¡ha! ¡ha!

Julian no comprendió bien el significado de estas exclamaciones entrecortadas que concluyeron por una carcajada de risa casi semejante al ahullido alegre del tigre cuando devora la presa, y no le respondió sino renovando la petición de que se le pusiera en el cuarto de sir Geoffrey.

— Si, si, dijo el carcelero, pierda vm. cuidado que yo le cumpliré mi palabra, puesto que parece sabe vm. lo que conviene mejor á su situacion y á la mia. Y, oiga vm. bien, Jem Clink le llevará á vm. los *darbies*.

— ¡Derby! exclamó Julian. Pues que el conde y la condesa....

— ¡El conde y la condesa! ¡Ha! ¡ha! ¡ha! dijo riendo el carcelero, ú, por mejor decir,

gruñendo, ¿qué se le ha metido á vm. en la cabeza? Sin duda que es un gran personaje; pero ahora está vm. en el reino de la Igualdad. ¿No sabe vm. lo que son los *darbies*. Aquí damos este nombre á las maniotas, mi querido joven, y si fuera vm. recalcitrante, podria añadir un excelente gorro de dormir de hierro, y aun un amigo de corazon para estrechársele al pecho; pero no háy cuidado, porque vm. se ha portado como hombre de bien, y no llegaremos á tal extremo. En cuanto al negocio que le ha traído á vm. aqui, se puede apostar diez contra uno que será cosa de poco momento, lo mas muerte sin premeditacion, mas vale quemarse el meñique que torcerse el cuello, con tal que no haya nada de papistas, porque si ello es asi, yo no respondo de nada... Clink, lleva á Su Señoría. Echó adelante de Peveril un llavero de los que le habian traído á la presencia de este cerbero, y guardando un profundo silencio, le llevó por otro laberinto de corredores oscuros, á cuyos dos lados habia diferentes puertas, hasta que llegaron á la del cuarto que debia ocupar.

Caminando ambos por esta triste region hacia el llavero las reflexiones siguientes: —
 ¡Preciso, es que tenga la cabeza á componer!
 ¡Podia haber tenido el mejor cuarto de la carcel por la mitad menos y paga doble por tener parte en el tugurio de sir Geoffrey! ¡He! ¡he! ¡he! ¡he! ¡Es pariente de vm. sir Geoffrey? si es que puedo tomarme la libertad de hacer á vm. esta pregunta.

— Soy hijo suyo, respondió Peveril en tono brusco, pensando refrenar la locuacidad del parlanchin. Pero este se reia con mas gana.

— ¡Vm., hijo suyo! ¡linda historia! Vm. un joven de cinco pies y ocho pulgadas! Vm. hijo de sir Geoffrey. ¡He! ¡he! ¡he!

— Nada de impertinencias, dijo Julian, mi situacion no le confiere á vm. derecho para insultarme.

— No lo pretendo, respondió el llavero, reprimiendo la risa, tal vez porque se acordaba de que el bolsillo del preso aun no estaba vacío, si me rei, fué porque decía vm. que era hijo de sir Geoffrey. Sobre todo es cosa que no me importa. Sabio es el hijo que conoce á su

padre. Pero este es el cuarto de sir Geoffrey, y vms. pueden arreglar ese negocio de paternidad.

Al decir esto abrió la puerta é hizo entrar á Julian en un cuarto bastante limpio con cuatro sillas, una cama con ruedas y otros muebles.

Buscó Julian á su padre mirando por todo el cuarto, y se sorprendió pareciéndole vacío. Volvióse al llavero y reconvino colérico por haberle engañado.

—No, señor, respondió el agente subalterno, yo no le he engañado á vm. Su padre de vm., ya que vm. asi le llama, está escondido en algun rincon, no necesita mucho terreno; pero yo le haré parecer. ¡Hola! ¡he! Sir Geoffrey, salga vm. Ahí está, ¡he! ¡he! ¡he! Es su hijo de vm. que viene á verle. Es decir el hijo de su muger, porque no creo le habrá costado muy cara la hechura.

Peveril no sabia que pensar de la insolencia de este hombre. Mezclábanse con su enojo la sorpresa, la inquietud y el recelo de alguna equivocacion, y neutralizaba su efecto. Vol-

vió á mirar todo al rededor del cuarto, y al fin divisó en un rincon una cosa que parecia mas bien lio de paño carmesí que una criatura viviente. Al ruido que hacia el llavero pareció que recibia este objeto la vida y el movimiento; desenvolvióse poco á poco, enderezóse, y dejándose ver de pies á cabeza, con una capa color de escarlata. Presentóse á la vista de Julian y este le tuvo á lo primero por un niño de cinco años. Pero el eco firme de la voz, aunque un poco cascada de tan singular ente, le hizo ver al momento que se habia engañado.

— ¿Qué quiere decir todo esto, llavero? preguntó este sugeto extraordinario. ¿Por qué se me inquieta de este modo? ¿Trata vm. de hacer mas insultos á un hombre que siempre ha sido el blanco de la malicia de la fortuna? Pero yo tengo un alma capaz de luchar contra la adversidad: es tan grande como cualquiera de vuestros cuerpos.

— Sir Geoffrey, dijo el llavero, vm. sabe como deben portarse las gentes de cali-

dad, pero si vm. recibe á su hijo de ese modo...

— ¡Mi hijo! replicó el pigmeo; quien es el atrevido...

— Aquí hay un error muy grande, dijo Peveril al mismo tiempo. Yo preguntaba por sir Geoffrey...

— Este es, delante le tiene vm., joven, dijo el enano echando al suelo la capa, y presentándose con toda la dignidad que podian darle tres pies y cuatro pulgadas de altura. Yo he sido sucesivamente favorito de tres soberanos de Inglaterra, y ahora soy habitante de este calabozo, el juguete del bruto de su carcelero. Yo soy sir Geoffrey Hudson.

Aunque Julian no habia nunca visto á este personaje importante, no le costó trabajo venir en conocimiento de que era, segun la describeion que le habian hecho, el famoso enano de Enriqueta Maria, el cual solo habia sobrevivido á los peligros de la guerra civil, á las disensiones particulares, al asesinato de su señor Carlos I, y al destierro de la reina su viuda, para sucumbir bajo el peso de una de-

nuncia como comprendido en la supuesta conspiracion de los papistas. Saludó al desgraciado anciano y, cuanto antes pudo, le explicó tanto á él como al llavero que él habia deseado ser compañero en la carcel de sir Geoffrey Peveril del condado de Derby.

—Vm. debió decir esto mismo, mi amo, antes de largar el oro, dijo Clinck, y hubiera vm. sabido que el otro sir Geoffrey, que es un hombre alto y canoso, ha ido ayer noche á la torre, y el capitán piensa que ha cumplido su palabra con ponerle á vm. en el cuarto de sir Geoffrey Hudson que es entre los dos la pieza mas digna de ver por lo curiosa.

—Hágame vm. el favor de ir y decirle á su amo como nos hemos equivocado y que yo quiero ir preso á la Torre.

—A la Torre, contestó el llavero; ¡he! ¡he! ¡he! La Torre es para los lores y caballeros. Y no para puros escuderos. ¿Piensa vm. que se puede ir allá por haber sacado á relucir la espada en las calles? No, no; es necesaria una acusacion en forma de alta traicion, y una orden de la secretaria de estado.

—A lo menos no quiero ser gravoso al señor, dijo Julian. No viene al caso que vivamos juntos pues que siquiera no nos conocemos. Vaya vm. á dar parte á su amo de nuestra equivocacion.

—No dejaria de hacerlo, si yo no supiera con certeza que ya está enterado de todo, respondió Clink haciendo un gesto con bellagería. Vm. ha pagado para que se le pusiera con sir Geoffrey, y ya está vm. en su cuarto. El capitán le ha puesto á vm. en su libro como alojado en el cuarto de sir Geoffrey, y no borrará ni raspará por el mundo entero. Vamos sea vm. razonable, y voy á ponerle un par de grillos muy ligeritos, que no le incomodarán.

La resistencia hubiera sido inutil tanto como las reflexiones. Peveril, pues, cedió á la necesidad, y le pusieron un grillete á cada pie de modo que no le impedian pasearse por el cuarto.

Reflexionó Julian durante esta operacion, que el carcelero, habiéndose aprovechado de la equivocacion entre los dos sir Geoffrey, debia haber obrado como acababa de insinuarle Clink, es decir engañándole con pleno cono-

cimiento, supuesto que se le declaraba preso en el mandato con la circunstancia de hijo de sir Geoffrey Peveril. Visto que hubiera sido tan infructuoso como degradante hacerle otra petición, se sometió Julian á una suerte que al parecer no podia cambiar.

El llavero mismo se sintió conmovido en cierto modo al contemplarle joven, de buena planta, y tan resignado con su destino despues de pasada la efervescencia y que le causó el verse chasqueado.

Vm. parece un excelente mozo, le dijo él, y tendrá vm. tan buena comida y cama como pueda encontrarse en Newgate. Y vm., señor sir Geoffrey, que no gusta de los hombres altos, debe apreciar al señor Peveril, porque se halla preso á causa de haber abierto un ojal por los dos lados al perpunte de Jack Jenkins, primer maestro de armas y el hombre mas alto de Londres, exceptuando siempre al señor Evans, portero del rey, que le ha llevado á vm. en la faltriguera, como lo sabe todo el mundo, sir Geoffrey.

— Anda de ahí, gran pícaro, respondió el enano, yo no hago caso de tí ni mucho menos de lo que hablas.

Retiróse el pícaro haciendo un gesto y no se olvidó de cerrar las puertas echando los cerrojos.

